De la sombra los encantos

I

De la tierra,
de la virulenta tierra levanten, mis hermanos,
su parte de esperanza.
De cada hoyo en que se asoma la negrura espesa
tomen ya su aire fresco.
Porque a poco, hermanos,
donde el negro existe será la falsa nada
en reverbero de nidales secos.
Traguen su caos,
su dosis deabismal que se abre entre las sienes,
su acalambrada levedad
de golondrinas mudas
traguen en ligeras gotas.

El tiempo se revuelve,
vuelve,
inicia,
se atormenta.
El rayo cíclico calcina los andares de la Tierra
y donde las aguas corren
sequía vemos,
y en la sequía
dormidos nos ahogamos;

vacíos
como jícaras de humo
nadamos en el mar de los marasmos.
Somos creadores
de hombres desdentados
que muerden a cual más sus carcañales.

II

Hermanos,
Profetas del Caos,
revivan sus costillas,
mojen el barro que les queda entre los dedos,
no siembren sus huesos bajo llave.
Porque no habrá hora de arrancar al fierro
el dolor de los vivos,
ni el fuego a los mortales,
ni adoquín ni páramo dónde descanse el pie descalzo.
¿Cómo renacerán, entonces,
bajo aquel tumbo ruidoso que eligieron por mortaja?

Ay de los que a sueño abierto
cerraron sus vitrales
porque no podrán salir del devaneo secreto
en que se rompen cráneos,
y pierna a pierna
cortarán el paso,
y el eco de su polvo
les llenará la cuenca de los ojos.

Hermanos,
muy de cuello mis hermanos,
que el sigilo cante
en la hora antes del gallo;
porque poco a poco, mis hermanos,
sus manos turbias temblarán en pasto seco
y no hallarán de dónde asirse;
ni el mar de Alima tendrá su oleaje,
ni la cuesta su Amatique,
ni el río de Ostula amarrará sus huesos sueltos.



III

Del vértigo protégenos
en la hora del retumbo,
Tramontana de San Telmo.
Del airemar que duerme en nuestros huesos;
de la calumnia de este llano ardiente;
de la malambre que se pega entre los dedos;
de la rueda del habillo que revienta entre las sienes;
de las niguas que carcomen nuestro tiempo;
del relámpago
que rompe nuestra sábana;
protégenos,
protégenos,
protégenos.

Agua de las Piedras,
Cerro de la Tigra,
Camino del Galage,
Tanque de Mendoza,
Manantial de las Canoas,
Puerta de Fierro,
Salitre de Estopila,
Plan de Zapote,
Mar embravecido de Mezcala,
protégenos,
protégenos,
protégenos.

Somos tu canto
tu sombra
tu llanto
tu curva espina
tu sal de yeso,
protégenos
Tramontana de San Telmo.

♦♦♦

IV

El fuego ardiente bajó de Lodeluna.
Se hincharon los arroyos
y albergaron en su vientre cuanta higuera
—ya lo dije—
dejaba entremirar sus verdes hojas.
Traían en removida sus escombros
y abrieron las compuertas del dolor más vivo
entre la viva carne.
Uno
a
uno
llegaron mis hermanos, su delantal de ariscas flores,
su anillo al dedo flaco.
Vinieron los recuerdos como aldabas
y en agua verde pusieron nuestros ojos.
Nadie nunca en Lodeluna
había dejado hilván sobretejido;
ni los de atisbón ligero en su mortaja,
ni los proclives del ojal abierto,
ni los que miran de reojo la malicia.
¿De dónde, pues, tanta agua dulce,
tanto arroyo seco?
Sediento el mar,
sediento el rayo que produjo el aguacero;
culebra de agua entreverada en este llano
muerto. ♦

Gloria Vergara